



VIDA PRIVADA CHEN RAN

PRÓLOGO
DE JESÚS FERRERO

TRADUCCIÓN
DE BLAS PIÑERO

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones





CHEN RAN

(BEIJING, CHINA, 1962)

Aunque comenzó estudiando música, sus intereses pronto derivaron a la literatura. Cursó Lengua y Literatura china en la Universidad Normal de Beijing y más tarde fue profesora en ella durante cuatro años y medio. También ejerció la docencia en universidades de Melbourne, Berlín y Oxford. Desde muy temprano comenzó a publicar poesía en revistas como *Literature of the People* o *Journal of Poetry* y desde 1987 abordó una serie de relatos y novelas breves de contenido surrealista, con reflexiones de índole filosófica y con un estilo propio y original. Ya en su primera novela corta *The Sickness of the Century* (1986), aparecen algunos de los temas recurrentes que desarrollará en otras: la exploración de la introspección y la identidad femenina, la enfermedad o la confluencia de contrarios como la realidad y la fantasía. También ha cultivado el ensayo con títulos como *Who plundered the face?* (2007) o *Human language, Dog language* (2009).

Vida Privada apareció en 1996 y es su obra más conocida. Su originalidad de estilo y el tratamiento abierto de la sexualidad y la subjetividad femeninas causaron un gran revuelo en China e inmediatamente fue publicada en Hong Kong y Taiwán. Hoy se la considera una novela clave en el movimiento feminista chino de estas décadas y es objeto de ensayos y análisis literarios por ser una de las escritoras más vanguardistas de su generación.

VIDA
PRIVADA
CHEN
RAN

PRÓLOGO DE JESÚS FERRERO
TRADUCCIÓN Y NOTAS
DE BLAS PIÑERO MARTÍNEZ

COLECCIÓN VIAJES LITERARIOS N°5

VIDA PRIVADA

CHEN RAN



Título original: *Siren shenghuo*, 1996

Título de esta edición: *Vida privada*

Primera edición en La Línea del Horizonte Ediciones: abril de 2019

© de esta edición: La Línea del Horizonte Ediciones

www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© del texto: Chen Ran, a través de China National Publications

© de la traducción directa del chino y notas: Blas Piñero Martínez

© del prólogo: Jesús Ferrero

De la maquetación y el diseño gráfico:

© Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito legal: M-12799-2019 | ISBN: 978-84-17594-17-6

IBIC: FA; 1FPC

Imprime: Estugraf | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

— *Prólogo* —

NACIDA
EN TIERRA SALVAJE
JESÚS FERRERO

13

— *Nota del traductor* —

BLAS PIÑERO MARTÍNEZ

19

— *Prefacio* —

EL VALOR
DEL COLOR GRIS
DE LAS CENIZAS

CHEN RAN

21

VIDA PRIVADA

- El tiempo pasa y yo sigo aquí como siempre | 28
Bailando de puntillas en medio de la lluvia negra | 39
 La abuela de un solo ojo | 51
Soy portadora de una enfermedad infecciosa | 67
 Las tijeras y la fuerza de la gravedad | 76
Consciente de la viuda He y el guardarropa | 86
 Soy una extraña para mí misma | 109
 Yi Qiu | 123
 La habitación interior | 140
 Un féretro que busca a alguien | 154
La cama, esa pista de baile para el hombre y la mujer | 165
 El nuevo mito de Sísifo | 177
 Los gritos de la cama | 189
 La cueva del *yin* y el *yang* | 206
La muerte de una persona es un castigo para otra | 222
 Los días eternos | 242
 La manzana saltimbanqui | 264
El baile entre las llamas del Ángel de la Muerte | 282
 La bala perdida | 300
El renacimiento de lo que queda de la mujer abolida | 320
 El tiempo pasa y yo sigo aquí como siempre | 337
 A la gente le avergüenza quedarse sola | 352

Notas a la edición | 372

Prólogo

NACIDA
EN TIERRA SALVAJE

· I ·

Las novelas clásicas chinas son envolventes, derivativas, llenas de afluentes inesperados, de recovecos extraños, pero sin perder nunca el flujo central, que avanza pausadamente arrastrando con él ingentes conglomeraciones de materia deslumbrante y cegadora, que al final desemboca en un mar de sentido y sinsentido, dejando al lector con la impresión de haberse sumergido en un sueño tan grande como el universo.

Chen Ran recupera esa tradición desbordante y la funde y la confunde con influencias muy directas de la cultura occidental: Kafka, Nietzsche, el surrealismo, el existencialismo, la posmodernidad con todo su eclecticismo, la transexualidad, el más allá de los géneros, los sexos, las oposiciones, las contradicciones, las combustiones derivadas de todas las combinaciones del *yin* y el *yang*, configurando una narratividad de una riqueza que me atrevería a calificar de avasalladora.

¿Qué decir de esta novela que tienes en tus manos, lector?

Empezaré anunciando que se trata de una narración donde el fluido verbal avanza como un enorme reptil, serpenteante y contradictorio, que mueve la cabeza hacia un lado y hacia otro, agotando los instantes, llenándolos de contenido existencial y emocional, despojándolos de falsedad, de antifaces y de máscaras,

desnudando la realidad con precisión demoníaca y destruyendo las fronteras entre los opuestos, aparentemente irreconciliables, que gobiernan el mundo.

La narradora comienza abordando su infancia, en esa «tierra salvaje» del hogar, describiéndonos una niña problemática que a decir verdad es un pozo de ciencia en el que se mezclan a partes iguales la comicidad y la tragedia.

Hay que advertir que ya en la parte inicial del relato empiezan a emerger los temas en torno a los cuales se va a hilvanar todo el texto, como si de una obra musical se tratase. Y son justamente esos motivos los que le van dar unidad al relato y van a permitir una escritura fragmentaria y al mismo tiempo compacta, que continuamente regresa a la fuente original: el yo partido y abolido, que se extingue una y otra vez, y una y otra vez emerge desde el fondo de su propia destrucción.

Algunos de estos temas recurrentes son de naturaleza atmosférica, otros de naturaleza familiar, otros de naturaleza existencial. De esa manera se van alternando los temas de la lluvia, la niebla, el grito aniquilador del padre, el sufrimiento de la madre, las afrentas familiares, la enfermedad, el sexo homosexual y heterosexual, la ambigüedad del ser, la sed de vivir y de morir, los espejos, los estremecimientos, la locura, la ternura, la crueldad, la oscuridad, el silencio y la soledad.

Asombra como la realidad y las visiones subjetivas de la narradora van conformando un mismo espacio literario de una riqueza sofocante y deslumbrante: un organismo poroso en el que todo se filtra: el dolor personal y el dolor colectivo, la noche individual y las atrocidades sociales que han definido la China contemporánea, donde van a sobresalir dos momentos cardinales: la Revolución Cultural y los disturbios de Tian'anmen.

En esta novela la sangre colectiva infecta las heridas personales, haciendo aún más trágica la soledad, soberana espectral que preside el oscilante reino de la niebla, el aislamiento, el desenfreno mental y la locura. Desde la visión poliédrica y tentacular de la narradora, la novela se convierte en una dimensión sin lindes, donde ni alcanzamos a ver las fronteras del ser, ni alcanzamos a ver las fronteras del universo que se agranda a su alrededor y que estalla a veces con una violencia demencial, arrastrando al lector a un ámbito sin fronteras definidas y convirtiendo la lectura en toda una experiencia sobre los límites del mundo y los límites del yo.

· II ·

Se le ha reprochado a *Vida privada* ser un relato demasiado tributario de la ideología de género. Ah, que visión más injusta, miserable y oportunista. Ciertamente los hombres no salen muy bien parados en *Vida privada*, pero no hay que olvidar que se trata de hombres que representan el poder: el padre, el profesor, el psiquiatra, circunstancia que no evita que la narradora haga un retrato a ratos sublime de su amante Yin Nan, como lo hace de su primer amor real, la viuda He, que morirá en uno de los incendios más alucinantes de la literatura actual, pues he de confesar que nunca había asistido como lector a un incendio tan mareante, tan vertiginoso, tan sostenido en su tejido dramático y trágico como el descrito aquí. El humo preside en ese momento la acción, un humo que parece apoderarse de la totalidad del mundo, y cuando no es el humo es la niebla, quizá el leitmotiv más importante de la novela, que tiene además la doble función de asociar y disociar.

Respecto a la situación de la mujer en China, que queda bastante clara en *Vida privada*, resulta sorprendente que en una cultura que le concede tanta importancia al principio femenino (*yin*), con diosas primordiales como Nüwa, creadora del género humano, haya sido sin embargo tan restrictiva con la naturaleza femenina y de paso también tan contradictoria.

También se le ha reprochado a Chen Ran concebir un relato demasiado subjetivo. Otra barbaridad con un problema añadido: la misma Chen Ran ha contribuido a que la malinterpreten haciendo a veces una publicidad demasiado sesgada y obsesiva de la novela, más redonda y compleja de lo que ella cree. ¿Por qué lo digo? Porque el resultado final del relato es un asombroso fluido en el que la visión subjetiva y la realidad del mundo conforman una misma sustancia indivisa que convierte la lectura en una experiencia que excede con mucho las fronteras de toda forma de subjetividad. En ese sentido *Vida privada* es, a pesar de su título, una novela total, y lo es al margen de lo que piense su autora y de lo que decreten los que se encargan de enjuiciar las obras literarias.

Ciertamente, la novela se plantea desde el principio como la historia de una soledad y como la crónica casi onírica de una individualidad herida, esquinada e insistentemente marginada, pero ocurre que, a la hora de la verdad, toda individualidad es una sustancia permeable, como es permeable la protagonista de la narración de Chen Ran, cuyos movimientos oscilantes tienen lugar en una cultura donde la individualidad ha estado prácticamente prohibida. Lo que digo es a tal punto cierto que puedo asegurar que en pocas novelas de la narrativa china del presente he visto descritos de forma tan rica, tan enloquecida y a la vez tan consistente las últimas vicisitudes de la sociedad china.

Bien es cierto que a la vez que nos sumergimos en los infiernos familiares y sociales, asistimos a las tribulaciones de un yo que ha pasado por todas las mutilaciones y todas las negaciones; un yo que ha sentido en sus tejidos más íntimos la abolición de la feminidad y la masculinidad, la abolición en cierto modo de la vida; un yo vacío de sí mismo o tan solo colmado de locura, de bruma y de sed; un yo que ha transitado todos los infiernos y algunos paraísos vinculados al esplendor del deseo, en su más carnal y delicada materialización. Los encuentros de la narradora con la viuda He son en ese sentido de una belleza estremecedora, por su riqueza lírica y su sensualidad ondulante y vaporosa. En la viuda He vemos la evocación de una cierta aristocracia china, perfilándose en sus rasgos más sugestivos y seductores, y que solo pueden manifestarse en el recogimiento de las alcobas.

La viuda He representa el triunfo clandestino de la indolencia, de la sensualidad, del amor secreto y antiguo en un mundo presidido por la productividad, la barbarie y la prisa. Es como una flor de invierno creciendo en un universo devastado, y que arderá una noche de niebla dejando a la narradora sumida en la desolación.

Pero los muertos vuelven, como la sensación amada evocada por Kavafis, y la viuda He volverá, como volverá el novio desaparecido de la narradora, en una escena culminante que ha dado mucho que hablar por su complejidad y su redondez fundamental, en la que hallan la consumación literaria y filosófica todas las doctrinas de la androginia y la complementariedad, y que por encima de otras filosofías supo expresar desde antiguo el taoísmo, con su dialéctica del *yin* y el *yang*.

Me estoy refiriendo a un momento del último capítulo, cuando la narradora, en íntimo diálogo con el espejo, se funde, en un triángulo equilátero de naturaleza abismal, con su amor

femenino, la viuda, He, y su amor masculino, Yin Nan, dándole a la lacaniana fase del espejo una redondez esclarecedora que llega a explicarnos cosas que probablemente ni siquiera vio Lacan.

Puede decirse que en ese momento la narradora recobra su pasado y se recobra a sí misma, a través de la evocación casi material de los ausentes, en un acto de resurrección carnal tan narcisista como altruista, tan íntimo como ajeno. De esa manera, la mujer abolida se convierte en mujer renacida, y el hombre ausente se convierte en presencia viviente y adherida a una piel que, al estrecharse a sí misma, abraza al mismo tiempo toda su historia amorosa, toda la humeante y frondosa memoria del placer.

JESÚS FERRERO

Nota del traductor

Vida privada 私人生活 (*Siren shenghuo*) de Chen Ran 陈染 es la obra fundacional de lo que se ha denominado la «nueva corriente de escritura femenina» 新女性协作 (*nüxing xiezu*) en la China de los años noventa del siglo pasado y se asocia con la «literatura de la vida privada» 私人文学 (*siren wenxue*) o «escritura individualizada» 个人化写作 (*gerenhua xiezu*), es decir: de la escritura que parte de la experiencia de la individualidad femenina como punto de vista narrativo.

Para la presente traducción de *Vida privada*, hemos utilizado la versión de Ediciones de los Escritores Chinos 中国作家出版社 (*Zhongguo zuojia chubanshe*), publicada en marzo de 2001 en Beijing —cinco años después de la primera edición en marzo de 1996 por la misma editorial y tres años después de la aparecida en Hong Kong y Taiwán en 1998, que presenta algunos cambios significativos respecto a esas primeras ediciones—. Esta versión no expurgada de 2001 incluye el prefacio de la autora y es la que la propia Chen Ran ha elegido para nuestra traducción, la primera que se vierte al español.

En el título de esta novela, con fuertes tintes autobiográficos, *Vida privada* 私人生活 (*Siren shenghuo*), se introduce ya la oposición entre la esfera de lo privado 私 (*si*) y no solo en oposición a lo público 公 (*gong*), sino que, también, como parte de su damnificación. Define el límite entre lo que es propiedad de uno mismo y propiedad de todos; es decir, incluidos los otros. La cons-

tante dialéctica y delimitación en el espacio entre esos dos ámbitos formará parte de la reivindicación final (y agónica) de la experiencia interior 私 (*si*), que hemos traducido como «privado». Es un término de difícil trasposición en español y tiene más que ver, en el contexto de la lengua china, con la interioridad 内 (*nei*) en oposición a la exterioridad 外 (*wai*), que correspondería a lo público 公 (*gong*), a la vez que tiene una connotación peyorativa, incluso subversiva, en el contexto de una sociedad comunista.

Por otro lado, al ámbito de lo exterior y lo público se le debe añadir otra dimensión a la que se le asocia en el texto: lo masculino o *yang* 阳; de la misma manera, como a lo interior y privado se le asocia lo femenino o *yin* 阴. Así el juego dialéctico (y su tensión) entre lo privado/interior/femenino respecto a lo público/exterior/masculino, supone la dialéctica simétrica entre interioridad/exterioridad en el marco de la temporalidad 时间流 (*shijianliu*), que es lo que acaba constituyendo el discurso, y la imaginación, como puente entre los dos ámbitos, de la protagonista de *Vida privada*. Al mismo tiempo, y como si de la topografía de Beijing se tratara, también la organización geográfica, territorial y urbana de la ciudad, inspirada en esa dualidad exterior/interior, sirve de marco a la novela de Chen Ran.

Por último, también hay que señalar la homofonía entre el siren 私人 de «privado» y el siren 死人 de «muerto». El título suena casi igual que *Siren shenghuo* 死人的生活: la «vida de los muertos», formando así un oxímoron, pero concluyendo en la identificación entre 私 (*si*) y 死 (*si*), entre el ámbito de lo privado y el ámbito de la muerte, respectivamente.

BLAS PIÑERO MARTÍNEZ

Prefacio

EL VALOR DEL COLOR GRIS
DE LAS CENIZAS

Para decirlo en pocas palabras, cuanto más una envejece, más comprende el valor del color gris de las cenizas y, por supuesto, no tiene nada que ver ni con la ropa ni con el color como aspecto externo de las cosas; pero sí tiene que ver con la manera de pensar de las personas y su manera de interpretar el mundo.

Servirse de los colores para explicar la tonalidad pura de la vida es como dejarse llevar por las transformaciones que una observa de forma impresionista, en vez de por las conclusiones de carácter científico.

Cuando tenía veintitantos años me gustaba particularmente el color negro. Esos años fueron para mí los años de la rebeldía contra tanto prejuicio, pero también fueron los años de las depresiones. En invierno, un árbol que se había quedado desnudo y desolado me provocaba inmediatamente sentimientos de tristeza. Me hacía pensar en el ocaso de la vida y sentir el olor cercano de la muerte. *Ello* era un árbol, pero no lo era al mismo tiempo. *Ello* y mi vida se conectaban íntimamente y lo hacían enlazando momentos de vitalidad y decaimiento; de ascensión plena de la vida con otros de negación total. Me impresionaba que un árbol pudiese morir y resucitar cada año de esa manera. Era como si ese árbol y yo hubiésemos decidido seguir un mismo ritmo de vida y muerte. Del mismo modo, cuando caminaba por la calle, me

encontraba a menudo en una situación peculiar: no podía seguir por ese camino, ya que era un camino cerrado, obstruido. No podía continuar. Ese camino también hacía que la gente sintiese que sus vidas se topaban constantemente con pantallas protectoras que eran como trampas para apresarlos. Esa misma sensación me la propiciaba el callejón oscuro, el *hutong*¹ sin salida en el que me había metido sin darme cuenta. A veces, cuando hablamos con alguien que conocemos, expresamos una opinión y luego él o ella añade la suya, modificando ligeramente ese punto de vista, mostrando comprensión con el tono de voz, pero la mayoría de las veces, y es trágico, se siente incapaz de comprender nuestra verdadera intención. Peor todavía, lo que ha comprendido esa persona se sitúa exactamente en el polo opuesto de lo que queríamos decir. En ese momento nos invade tal sensación de perplejidad que nos paraliza e influye en nuestra relación con el resto de la gente. Todavía más, esa situación terrible nos encadena irremediabilmente al resto de la humanidad.

A esa edad, el color de lo que había dentro de mi cabeza era el negro. El negro es un tipo de frialdad, un tipo de rechazo y un tipo de ruptura incondicional. El color negro supone la negación y la resistencia absoluta, pero también la protección. Encarna un tipo de corriente diferenciada, de no seguir al rebaño, de falta de compromiso y cierto cinismo que está implícito en la rebeldía y el espíritu de contradicción. El color negro observa al mundo con ojos escépticos porque no cree en los colores. El color negro es... —no puedo creer ahora que pueda ser verdad— como esos pasos que no han retrocedido en el callejón: es la hostilidad al mundo en estado puro, es el valor de extender sin miedo los brazos hacia la muerte. Y para acabar de decirlo, el negro es el color de la juventud.

Una vez pasada la juventud ya no es posible obsesionarse por los colores.

Ahora, las cosas han cambiado y es el gris mi color preferido, el color de mi vida.

El color gris es algo más secreto que el negro, algo más reservado, algo más sombrío, como de perfil bajo, y no es tan duro ni definitivo como el negro, ni tan brillante o chillón. El color gris, además, es flexible y puede retroceder, ampliando horizontes; pero no es en absoluto el color de la desesperación, ni el color del pesimismo o la decepción. Incluso, comparado con el negro, tiene más fuerza oculta.

¿Qué es el color gris?

Hay algo en el color gris que no comprendes, pero no es necesariamente algo incomprendible para un ser humano. Aunque eso sí, el gris, a diferencia del negro, ya no es el color de la juventud y por eso es más tolerante cuando dices lo que quieres decir, aunque rostro y ojos no muestren fácilmente tus intenciones. El gris es más poderoso porque es capaz de soterrar nuestra individualidad y expresividad hasta el punto de hacer desaparecer el rostro —el gris destruye el semblante, que es la máxima expresión de nuestra singularidad—. Le pides a tu rostro que se quede en tu cabeza durante mucho tiempo y su halo grisáceo refleja a menudo tu auténtico estado mental en relación a tu aspecto externo infantil —es su contraposición y antídoto—. Como suele decirse, han sido más los dulces momentos que no imaginabas y has practicado en secreto ese baile² con el que una chica joven —en la flor de la vida— fantaseaba en su juventud.

Eres, a menudo como uno de esos diablillos traviesos que no escucha a nadie. Para aquellos que la vida es sueño, el gris es inevitablemente pesimista y también es inevitablemente —insisto

en este adverbio— el color de unas circunstancias desoladoras, si bien cuando una hace el esfuerzo por reconciliarse con su destino, la felicidad es posible y lo único que necesitas es armarte de valor. Así el gris, cuando la vida muestra su cara más injusta — y la vida es a menudo así de cruel—, transforma la injusticia en viento favorable. Frente al peligro de la catástrofe, gestiona la situación tranquilamente y con humor. A pesar de su mala fama, que me cuesta comprender, le dice sí a la vida. Te acompaña escrupulosamente en el tiempo sonriendo dulcemente, sujetándote las manos y ofreciéndote palabras de consuelo. Hasta saludará amablemente a tu peor enemigo. El gris te ofrecerá estabilidad en los momentos más críticos y sin prisa apagará el fuego cuando arda tu casa, protegiéndote y ayudándote a avanzar hacia el futuro...

El gris, por tanto, no te dirá nada y permanecerá amable; te procurará el perdón generoso, la risa ante la adversidad...

Si la gente no te comprende, puede ocurrir que haya una explicación, pero también que no la haya. Si la hay, pues muy bien; y si no la hay, pues también. Los días todavía son largos, y aunque no sean muchos, ni necesariamente alarmantes, la muerte no debería ser el resultado final. La desaparición de la vida debería comprenderse como una continuación hacia otra cosa, como algo que emerge distendidamente desde la lejanía. Cuando discutes con algún miembro de tu familia por una tontería, lo mejor que puedes hacer es acortar esa discusión. Si no puedes poner fin rápidamente a esa disputa, tienes que dejar el lugar inmediatamente, y por nada del mundo busques a alguien para que te ayude y te dé la razón. Vete de compras a un centro comercial y pasa los días comprando cualquier cosa que encuentres y te guste. Gasta el dinero y sé feliz; eso te calmará. Luego te darás cuenta de que el mundo es un lugar tranquilo donde la gente, por lo general, vive en paz,

y verás que una familia sin contradicciones es la excepción a la regla. Cuando fuiste a la oficina de Correos para sacar el dinero que te habían pagado por tu trabajo viste que debías hacer cola y esperar una eternidad para avanzar, pero había alguien delante, junto al mostrador, que insistía en que tenía que hacer un envío de varios miles de yuanes. El empleado de Correos, como solía suceder siempre en Correos, introdujo parsimoniosamente el dinero —billete tras billete— en esa maquinita que comprueba que los de cien yuanes no son falsos. Luego, ese empleado utilizó un ordenador para registrar el envío. Todo eso tarda una eternidad. Diez años atrás, tú no hubieses esperado ni un minuto más en esa cola y te habrías ido bruscamente, pero en este momento de tu vida ya no sentías necesidad de hacerlo. Habías cambiado. Cogiste el libro que acababas de comprarte y lo leíste de principio a fin, esperando pacientemente en la cola a que te tocara el turno. De vuelta a casa, te preparaste la comida tú solita y te la tomaste. Tu colega en la unidad de trabajo es un hombre complicado y siempre se está peleando con todo el mundo. Hace que todo el mundo vaya a toda prisa. Esa es una manera para él de mostrarnos quién manda en ese lugar, su autoridad, pero tú no tienes ninguna necesidad de enfadarte —el enfado es la cosa más inútil en este mundo—. Debes aceptar su poder y ser consciente de que no va a ser definitivo, aunque dure y te parezca eterno. Tal vez, siente que tras él hay alguien que le pisa los talones y su situación no es la ideal. Los amigos se mueren —a ti se te ha muerto uno recientemente— y es como si te cortasen una parte de ti misma que ya no vas a recuperar nunca. Sus ojos no volverán a verte, tampoco te volverá a besar, y no puedes creerlo; te entran ganas de decirle lo que no pudiste contarle mientras estaba vivo...

Así es el color gris.

Nadie en este mundo nace con una vida gris; es el tiempo y la experiencia los que pulverizan a los hombres y los hacen grises.

La gente con una edad (o una psicología) incierta —digámoslo así— no sabe apreciar el valor del color gris de la ceniza.

Y, por supuesto, como dice el refranero, del dicho al hecho, gran trecho. Las palabras que suenan bien, por lo general, se traducen mal en los hechos, pero hasta donde me concierne siempre he actuado según mis propias normas.

Que quede claro ahora, *Vida privada* es el resultado de mi etapa «negra».

CHEN RAN

VIDA PRIVADA

EL TIEMPO PASA Y YO SIGO AQUÍ COMO SIEMPRE

Para protegernos de los gritos de los histéricos, lo decimos todo a corazón abierto y, encima, lo tarareamos para llamar la atención.

Y para escapar de las sombras que proyecta el tiempo, cerramos, simplemente, nuestros ojos.

El tiempo y los recuerdos son ahora fragmentos que se han acumulado uno encima de otro con el paso de los días y parecen estar flotando en el aire, indecisos, sin asentarse en ningún sitio, pero cuando lo hacen se reposan como losas pesadas sobre mi cuerpo, oprimiéndolo y excitando mi sistema nervioso, despertando así, dicho sea de paso, mis arraigados demonios íntimos. Esos fragmentos hechos de tiempo y recuerdos son, en realidad, innumerables ratas de crueldad insólita que acosan mi cuerpo en todo momento conduciéndolo a su ruina. El tiempo, mientras tanto, pasa, y soy incapaz de pararlo, como soy incapaz de parar esas ratas que me devoran. Ya no sé cuanta es la gente que se calza la armadura de la hipocresía para hacer frente a esos fragmentos. Por mi parte me sirvo de los muros que me rodean, entre los que acabo siempre aprisionándome. Cierro luego herméticamente la puerta y las ventanas dejando de lado toda actitud que se pudiera identificar como ardor guerrero. A decir verdad, no sirve de nada. Salvo la muerte y el consecuente entierro bajo una estela de piedra bien pesada, nada, repito, absolutamente nada, va a hacer desaparecer esos fragmentos; esa es la conclusión a la que he llegado en mi vida.

Años atrás, mi madre tomó ese mismo camino sin salida —la muerte—, no pudiendo huir así del paso devastador del tiempo —el tiempo que todo lo destruye—. A día de hoy, la recuerdo aún con su dificultad al respirar, sus sollozos y lamentos interminables, como si estuviese aquí a mi lado. De la misma manera recuerdo su aire taciturno y el miedo que se reflejaba en cada arruga de su cara poco antes de su fin; pero si algo no podré quitarme de encima en mi vida son esos gritos trágicos que lanzaba inesperadamente en la casa. Esos gritos cargados de significado eran como afilados cebos de pesca clavándose en mi cabeza, donde todavía resuenan hoy en mis oídos como eterna música que me acompañará toda la vida; música punzante que no me abandonará.

En un principio, además, vivía conmigo el frustrado de mi padre, ese hombre arrogante que se sentía siempre infravalorado en este mundo, y que, con inteligencia sutil, llevaba una vida separada de la de mi madre —una vida aparte—, y hacía que me sintiese un cuerpo dañado, un ser insignificante, pues conseguía que desapareciese de este mundo como persona —por decirlo en pocas palabras— y lo mismo en cuanto a su manera de pensar: lograba la absoluta desintegración de mi ser. Adoptaba esa actitud ante la vida y ante mí para rechazar el paso del tiempo y sobrevivir al daño irreparable que este pudiese provocar en él. Sí, el tiempo, siempre el paso del tiempo y sus heridas en mis padres. Mi padre me hacía pensar siempre en una comparación que ya había oído antes y que se refería a un tipo de hombres: hay quienes dejan caer su semilla y luego la olvidan. Cuando la ven de nuevo, descubren que se ha convertido en una planta ya desarrollada de bellas flores con verdes y exuberantes hojas; una planta con capullos bien formados que muestran al mundo su capacidad de dar vida por sí misma. Simplemente, la semilla era así y por eso la planta también crecía

de esa manera. «¡Y vaya flores y vaya capullos!», se dice ahora ese tipo de hombre olvidadizo. Luego mira atrás, a lo que ha sido su vida, y no reconoce esa semilla.

El tiempo, ahora lo sé, está formado por la cadena de mis pensamientos —son su sustancia—; el tiempo se forma con mis pensamientos y mis pensamientos se forman con el tiempo.

Ahora estoy sola en el mundo y eso está francamente bien: ya no necesito hablar más sobre ello. Estoy cansada del ruido de la gran ciudad y de su zumbido, que parece provenir de una nube de moscas que nadie puede ver y que no cesa de revolotear y mascullar sobre tus pensamientos, como si, al parecer, ese murmullo fuese el único camino y el único alimento. La gente intenta de mil maneras poseerlo para pertenecer a su futuro, pero a mí no me ofrece ninguna confianza el lenguaje de las moscas. La fuerza individual es, sin embargo, algo sin importancia en estos casos, ya que soy incapaz de aplastar con las palmas de mis manos todas esas moscas; solo puedo distanciarme de ellas.

En el apartamento de la antigua ciudad de P³ en el que vivía mi madre y que me dejó para mí, reina, en su interior, la paz y la tranquilidad. En ese apartamento las ventanas están cubiertas con cortinas y el pasillo es largo y silencioso.

Una vida solitaria que todavía no me ha aportado ninguna paz. Cuando vivía con mis padres, tampoco había nada de particularmente caluroso en ese hogar. Ahora todo ha mejorado. El tiempo parece haber recorrido ya, en su cauce, muchos años. Parece haberse cansado, congelado incluso. Se ha congelado en mi habitación y en mi rostro, porque el tiempo parece haber enfermado de cansancio y se ha detenido en él, dejándolo como era años atrás.

Pero, al contrario, mi estado mental ha envejecido prematuramente, convirtiéndose ya, lentamente, en el de una anciana.

Como ejemplo, ya no puedo discutir más con la gente porque hay algo que he podido comprender: en toda disputa, la verdad acaba brillando por su ausencia. Se trata de localizar en qué lado está y en ese momento comienzan a aparecer los problemas. Además, alguien pierde y alguien sale ganando. Pero ¿quién en realidad sale ganando y quién sale perdiendo? El resultado ya no tiene ninguna importancia. Lo cierto es que ya no creo que la tierra que hay bajo nuestros pies sea un camino bien trazado. Más bien creo que esa tierra es un enorme y enloquecido tablero de ajedrez. En este mundo, la mayoría de la gente piensa con los pies el mundo en el que viven y con sus dedos escogen el camino a tomar. Si hay quienes utilizan sus cerebros para escoger ese camino, deberán asumir el precio a pagar: la soledad. Se convertirán en algo parecido a uno de esos viejos quejicas que andan encorvados haciéndose preguntas que nadie responde. Su humanidad quedará apartada a un lado y así, escéptico, el anciano observará el mundo. Soy vegetariana, y de las que respetan esa filosofía religiosamente. Casi me he convertido en una filósofa del veganismo, pero tengo que reconocer que hay en ello mucho de obsesión personal por lo que debe ser lo mejor para mi salud, unido a unas cuantas obsesiones sobre los supuestos beneficios del mundo vegetal que me han acompañado toda la vida. Si solo hubiese vegetales en nuestra dieta, ya no podríamos identificar el vigor físico con el cuerpo de los seres humanos; todos veríamos con más claridad porque tendríamos mejor vista y todos seríamos, sin duda alguna, más guapos. Me encanta ese pequeño jardín que hay en el balcón mi piso. Sobre todo, me gustan las plantas de los tiestos donde crecen los ficus con sus gruesos tallos y sus exuberantes hojas verdes, o esa que llaman «costilla de Adán», con sus hojas enormes como garras, y que lleva creciendo años en la misma maceta, imperturbable,

cada vez más bella. No tengo ninguna necesidad de precipitarme al vocerío de la gente —ni al de los parques públicos—. ¿Acaso hay algo que me produzca más placer que el color verdísimo de esas plantas?



Días atrás, Qi Luo, un amigo mío que es además un buen médico, me propuso que le visitase en su consulta. Me preguntó por teléfono y con un tono de voz inquisitivo cómo iba yo de ánimos y en qué circunstancias me encontraba en ese momento. Imagino que se refería con esto último a mi vida social. Le respondí simplemente que no veía a nadie; es decir, que no veía a «otra gente», maticé.

Fuera de nosotros, las palabras son como la luz de la luna: hay en ellas una pretensión de luz verdadera —la que todo lo ilumina—, pero sin ninguna intención particular. Existe siempre el consuelo, y no creo que haya mejor palabra para expresar lo que quiero decir, de confiar en lo que decimos en una conversación; algo así como creer que el pan puede por sí solo saciar el hambre de las personas.

Mi cuerpo no necesita pastillas. Respecto al vigor de mi alma, tampoco necesita hacerse creyente de ninguna religión.

Le dije a mi amigo el doctor: «Si lo necesito, iré a verte».

Qi Luo me replicó: «Tu agorafobia⁴ es incurable».

Lo sé, es el primer síntoma de eso que llamamos cultura o civilización. Posteriormente, debemos nombrar las mil rarezas de nuestra condición en tanto que seres humanos. Dar un nombre a las cosas, eso es todo, como si nuestros nombres fuesen el origen de todo, o como si solo ellos hiciesen posible que las cosas tuvie-

sen una forma determinada, y hacerlo con la obstinación inocente de un niño que quiere saber cómo se llama todo. ¿La obstinación inocente de un niño, digo? No veo ahora ninguna diferencia entre llamar a algo «niño» o «perro», u otra cosa... ¿Para qué sirve al fin y al cabo esa manía tan humana de darle un nombre a todas las cosas?

En estos momentos me encuentro tendida en una cama mullida y enorme, y esa cama es... pues es el arca de Noé flotando sobre el diluvio universal y también es un castillo en un mundo que se ha vuelto loco donde viven mis hombres y mujeres.

Y la luz⁵ del amanecer en el verano como hilos hechos de fuego que se confunden en el vacío con la algarabía del exterior y que entran a través de la ventana para limpiar mis ojos cansados a medio cerrar. Esa luz turbia ha anegado tantos años mis párpados...

Sin embargo, no me gusta la sensación que provoca la luz del sol cuando ilumina mi rostro. No me gusta, sencillamente, porque me ciega y me veo totalmente indefensa. Me provoca una sensación extraña, como si todos mis órganos interiores quedasen expuestos a la vista de todo el mundo y el corazón se me acelera, lo que me turba y me hace sentir la necesidad de poner un centinela en cada poro de piel para que no la deje entrar y que nadie pueda fisgonear, como un *voyeur*, dentro de mi ser. En este mundo hay demasiado sol, pero la luz de un par de ojos quema más que la luz proveniente del sol y es más peligrosa y dañina, y lo peor, más entrometida. Si se introduce, de la manera que sea, en la parte más débil de la naturaleza, me siento totalmente perdida. Quiero decir, como si me expropiasen de mi propia vida. Me derrumba.

SOY UNA EXTRAÑA PARA MÍ MISMA²⁶

El tiempo es un artista y yo soy uno de esos dibujos hechos con la técnica del calco de lápidas. Tengo la forma de una cadena de montañas y la silueta de rocas y cuevas. Antes de que me enfrentase al mundo de los hombres, en ese pergamino ya se habían formado esos dibujos. Yo vivía mientras tanto en ese canal de agua de corriente lenta que es el tiempo, cuando descubrí mi relación con esos dibujos calcados. Verlo fue como ver mi propia historia; la vida entera de una mujer estaba ahí.

El verano es la estación del año que mas me gusta. Los días son largos, no como los del invierno, con ese cielo negro ya de buena mañana y el viento ululando al otro lado de la ventana, lo que provoca en la imaginación de la gente historias terribles.

En verano, a pesar del calor exterior que puede resultar agobiante, dentro de mi casa se está fresco y la temperatura es agradable. Lo importante en este asunto es que el verano es largo, y puedo llevar camisas de algodón sin mangas y faldas cortas. Mis brazos —la *xiaojie* No— y mis piernas —la *xiaojie* Sí— pueden mostrarse desnudas a la luz del día y tengo más oportunidades de hablar tranquilamente con ellas.

He descubierto que, en verano, van particularmente aceleradas, especialmente durante las larguísimas vacaciones después de mis prolongadas siestas. Veo a la *xiaojie* No y a la *xiaojie* Sí cada una por su lado, indolentes, como fideos fríos en un día caluroso de verano, flácidos, muy blancos, e igual de largos y delgados. A mí el sol no me gusta y siempre que puedo me escondo en una calle protegida por la sombra. El sol me marea y hace que vea a

la hermanita Sí y a la hermanita No como si fueran las extremidades rocosas de un coral blanco con sangre de color azul índigo fluyendo como ríos, con sus meandros pronunciados, bajo la piel transparente, así parecían en el mapa de China y sus ríos que teníamos en el cuarto trastero de la casa. Cada día, después de la siesta, pasaba mucho tiempo hablando con la *xiaojie* Sí y la *xiaojie* No.

Mi madre me dijo: «Cuando llega el verano, la hierba crece en el patio como loca con sus puntas afiladas».

De esa manera pasaban los días de estío y yo ya era casi igual de alta que mi madre.

Los libros que había leído, provenientes todos de la escuela primaria, se convirtieron en una especie de gorritos —tanto los de la escuela primaria como los de la escuela secundaria, en total, diez años de lecturas ininterrumpidas—. Esos libros fueron algo así como una escuela para el cultivo de la mente y el corazón, tal como lo proponían los libros del ideal humano del confucianismo, según las tesis del gran letrado Wang Yangming²⁷ —había que cultivar el espíritu, por supuesto, para saber cómo comportarse en el mundo—. Continuaba con mis estudios de secundaria en el instituto, pero bajo la tutela del señor T.

Después del asunto de los dibujos y las fotografías de los cuerpos desnudos, el señor T me mostraba una hostilidad que iba a más. Me reprendía a cada instante y me criticaba con un bombardeo constante de comentarios impertinentes sobre mis defectos. Me decía que era demasiado alta para mi edad —en realidad, al señor T le llegaba a la altura de sus ojos—, y eso parecía molestarle, como si pusiera en duda su arrogancia y su autoridad.

En mi clase, varias de mis compañeras empezaron a rodear

al señor T siempre que lo veían —lo adoraban como si fuera un dios—. Cuando el señor T daba su lección de literatura y lengua, las chicas se sentaban en sus pupitres con una disciplina monástica, una detrás de otra, quietecitas todas ellas, como quien va a escuchar un sermón. Sus ojos no se apartaban por un instante del rostro del señor T. Al acabar la lección, se precipitaban hacia él para hacerle preguntas —muy tontas la mayoría de ellas—. Imitaban incluso los gestos y las posturas del señor T y llegaba a resultarme grotesco. Cogían los trozos de tiza y se los ponían en la boca como si fuesen cigarrillos. Se movían en la clase con la tiza en la boca e incluso lanzaban bocanadas falsas de humo expulsando la ceniza, también falsa, por la ventana. Yo sabía que no le gustaba al señor T y eso venía de lejos.

En cualquier clase ocurre siempre que una persona se ve rodeada por los otros y esa persona suele corresponder a la figura del profesor o a un estudiante aventajado con temperamento de líder. Todos se vuelven sumisos y buenos ante él, incluso lo protegen y tratan con cuidado, pero eso sí, a ti te acaban aislando si no entras en ese grupo de adoradores; te sacan de la muchedumbre, como suele decirse. Sin embargo, no me gusta que sea así. Si yo no puedo decir lo que pienso, al menos que no diga mentiras y mejor solo, sin nadie que te haga compañía.

Cierta vez, en el descanso previsto entre dos lecciones, un grupo de alumnas rodearon, como de costumbre, al señor T, y se pusieron a cuchichear a su alrededor. Me sentí inmediatamente como una «extraña», o una «marginada», y me dio vergüenza de mí misma. Me puse a hacer como si estuviese trabajando por mi cuenta en mi pupitre.

Levanté la cabeza accidentalmente y descubrí que había cada vez más gente alrededor del señor T. Al pobre, se le había reducido considerablemente el tamaño de la cabeza, pero no apartaba sus ojos de mí. De esos ojos salía una corriente eléctrica de alto voltaje —era una mirada ardiente al mismo tiempo que una mirada gélida— que penetraba en mi cuerpo, electrocutándolo. Bajé la cabeza inmediatamente y me concentré en mis tareas, pero las manos me temblaban y los *hanzi* me salían torcidos. Vaya desastre de caligrafía... Mi bolígrafo se salía constantemente de los cuadrados reservados para meterlos dentro, y el resultado eran unos garabatos que nadie podía comprender.

En ese momento, oí que el señor T gritaba mi nombre:

—¡Ni Niuniu, en el descanso no se puede hacer los deberes!
¿O es que no lo sabías? ¡A mi despacho, rápido!

Al poco, vi un cuerpo enorme, como una sombra, que se puso delante de mi pupitre.

No me atrevía a alzar la mirada y permanecí concentrada en el cuaderno de escritura. Mi rostro se había hinchado y enrojecido, y volví a sentir que me ardía. Me tragué con todas las fuerzas que pude la saliva que había acumulado en mi boca y me entró de repente hipo junto a unos nervios y temblores incontrolables que me paralizaron, me dejaron tiesa, en realidad.

No comprendía nada en absoluto. ¿Por qué siempre se dirigía a mi con gritos? ¿No podía hablarme con otro tono de voz? Con un tono de voz normal, vaya... Yo continuaba cabizbaja y no apartaba los ojos de mis dedos largos y blancos. Cogí con cuidado un papel que ya había usado y lo hice trizas. Parecía que mis manos no habían destrozado una hoja de papel sino la piel del señor T. Luego, sin prisa, paré de jugar con mis manos y de nuevo me dirigí a su despacho.

Por supuesto, no había acabado mi lección pero enfilé hacia ahí para escuchar su advertencia, aunque miré a otra parte renunciando a mirarle de frente. Él me estiraba de los hombros varias veces o simplemente me cogía de los brazos para atraer mi mirada, pero no lo consentí, buscando recuperar mi dignidad. Al final, se cansó y se quedó mirando fijamente mi rostro y mis pechos. Parecía que su mirada se había inmovilizado y hasta corroído como el hierro; era como un monstruo cuyos ojos ardían rabiosamente. No sabía qué postura adoptar en ese momento... me sentía tan enojada y tan tensa...

Me miraba fijamente y me obligaba a que hiciera lo mismo. Estaba sentado en una silla y yo, apoyada en la ventana, estaba a su derecha. Mis ojos por encima de su cabeza por lo que veía su cabello de color castaño, ondulado y fuerte, cayendo desordenado y húmedo sobre la frente. Tal vez, era el calor del verano el que provocaba ese sudor. Su cabeza estaba empapada, como si el señor T hubiese acabado de pasar por la ducha, incluso emitía unas burbujitas azules. El señor T emanaba una vitalidad fuera de lo común.

Los rayos dorados del sol que entraban como flechas a través de la ventana daban en la cabeza del señor T y su cabello rizado parecía un nido posado sobre el árbol de un bosque tropical.

El señor T se dio cuenta de que yo no quitaba los ojos de su cabello y eso le incomodó, hasta el punto de que repetidas veces se pasó las manos por el pelo con el fin de arreglárselo, a la vez que encogía los hombros nerviosamente; parecía que las ropas que llevaba puestas no le iban bien.

De sus ojos —como pude verlo— surgió una mirada que me resultó incomprensible. La manera como lo estaba mirando yo también creó en él ese mismo sentimiento de incomprensión,

y en eso —en nuestras dos miradas y en el sentimiento de confusión mutua— coincidimos...

El señor T era un hombre monstruoso.


En ese momento, yo aún era incapaz de comprenderlo. El señor T era un tipo arrogante con el grave problema de un ego herido por lo que tuvo que vivir durante la Revolución Cultural, que le causó una intensa hostilidad hacia el mundo y la gente, pero, al mismo tiempo, desplegaba en su interior una fuerza vil y furiosa de una intensidad sobrehumana que le empujaba hacia delante y que era digna de admiración. Él, respecto a esa fuerza emanada de sus demonios interiores, o se mostraba lleno de gratitud o la odiaba con todo su ser. Había una historia detrás de esos demonios y no era una historia de amor precisamente, sino de hostilidad.

Muchas personas son contradictorias, violentas, e incluso sagradamente inviolables en su idiosincrasia.

No importa ahora saber si fue durante la escuela primaria o la secundaria, pero entre la gente y yo había una desunión profunda que yo vivía como una herida. En esa época, todos pasamos al nivel superior, es decir, al de la enseñanza secundaria, y debo decir que todas las caras me resultaron conocidas ya en el instituto; pero yo, al fin y al cabo, era como alguien ajeno, incapaz de participar en lo que fuese. Cuando intentaba entrar en un grupo, acababa siendo arrojada violentamente de él por razones que cualquier extranjero puede comprender. El señor T, por su parte, peinaba la pequeña coleta de una de sus alumnas o aplicaba disciplina a la joven, y luego, pacíficamente, se mezclaba con esa cierta felicidad que provenía de la comunidad. Para esas jovencitas, la escuela se convertía en su hogar y en su paraíso. Yo, sin embargo, no compartía esos sentimientos.

Los días pasados no volverán;
el tiempo también pasa,
pero yo sigo aquí como siempre.

CHEN RAN

The image shows a handwritten signature in black ink. The characters are '陈染' (Chen Ran), written in a cursive, expressive style. The first character '陈' is on the left and the second character '染' is on the right, both connected by a fluid stroke.

COLECCIÓN
VIAJES LITERARIOS

*Rutas literarias por los escenarios reales
o imaginados de los más atractivos
escritores y viajeros.*

VL#2

Paseos por Londres

PRÓLOGO DE LAURA FREIXAS
TRADUCCIÓN DE LLUÏSA MORENO
VIRGINIA WOOLF

VL#3

Historias sicilianas

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO
DE PALOMA ALONSO
GIOVANNI VERGA

VL#4

*Diarios de una
nómada apasionada*

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO
DE ADOLFO GARCÍA ORTEGA
ISABELLE EBERHARDT

VL#5

Vida privada

PRÓLOGO DE JESÚS FERRERO
TRADUCCIÓN DE BLAS PIÑERO
CHEN RAN

VIDA PRIVADA CHEN RAN

Chen Ran recupera esa tradición desbordante y la funde y la confunde con influencias muy directas de la cultura occidental con todo su eclecticismo: la transexualidad, el más allá de los géneros, los sexos, las oposiciones, las contradicciones, las combustiones derivadas de todas las combinaciones del yin y el yang, configurando una narratividad de una riqueza que me atrevería a calificar de avasalladora.

JESÚS FERRERO

Una mujer recorre su adolescencia y juventud como el tiempo de cimentación de una identidad inestable, pero lúcida. Ni Niuniu hace frente a los hombres que marcan su vida: el arrogante padre, el profesor que la abusa, el psiquiatra que la ordena y el amante que la abandona. Al otro lado, su madre y la viuda He, un espíritu elegante de otra época a cuya invocación entrega su deseo y su necesidad de afecto. Nada en su vida camina en una sola dirección, sino que encalla en la frontera de las realidades: la de lo singular o lo plural, la de lo privado y lo público. Siempre la armonía de contrarios imbricados en símbolos que recorren la novela: el crepúsculo, el color gris, pero también el espejo como prueba de dualidad o la persistente lluvia como mensajera del cielo y la tierra. Lo uno, siempre, también, lo otro, pues el drama encierra su comedia y el sueño su realidad. También la propia China se abre paso en esta novela desde el sentimiento de lo comunitario a la individualidad feroz y desde la oscuridad de su Revolución Cultural, al incendio de los sucesos de la plaza de Tian'anmen.

Vida privada es la novela que revolucionó el feminismo y el panorama literario de los noventa en China y es el eje de una tendencia denominada «Nueva corriente de escritura femenina». Desde entonces ha suscitado una atención internacional sin precedentes.

ISBN: 978-84-17594-17-6
IBIC: FA, 1FPC



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones